

1996

Opera real

Liliana Heer

Follow this and additional works at: <https://digitalcommons.providence.edu/inti>

Citas recomendadas

Heer, Liliana (Primavera-Otoño 1996) "Opera real," *Inti: Revista de literatura hispánica*: No. 43, Article 40.

Available at: <https://digitalcommons.providence.edu/inti/vol1/iss43/40>

This Creación: Cuentos is brought to you for free and open access by DigitalCommons@Providence. It has been accepted for inclusion in Inti: Revista de literatura hispánica by an authorized editor of DigitalCommons@Providence. For more information, please contact dps@providence.edu.

OPERA REAL

Ella no va a contar la historia de un loco. Vivió tantos años con él que poco le agregaría. No va a contar la historia de Iván pero empieza a hacerlo. Empieza por el final. Habla de su hijo. El hijo que ese hombre mató. Ese hombre que sólo parecía un loco hasta el día anterior mató a su hijo con la tijera de podar. Eligió la tijera como quien elige un martillo. Así la usó. Una y otra vez contra la cara hasta deshacerla. Con un martillo habría sido igual. Una y otra vez contra la cara deshecha rompiendo el parecido entre el niño y el padre que el día anterior había roto en varias fotografías. Leonor lo miró y empezó a juntarlas. Recordaba algunas aunque estuviesen rotas por eso no le importó que las terminara quemando. Quemar y romper siempre lo hacía. Leonor recuerda cuando lo conoció. El niño aún sin nacer, camarera de un bar, echada por no impedir que partiera el espejo con una botella. Servía en la barra y en las mesas. Dejó la botella cerca y rió a carcajadas al ver estallar los vidrios. No hubiera podido impedir nada, pero reír así les dio ocasión. También reían él y los clientes. Aún después que le echaran a empujones, pretendió seriedad pero reía, y él empezó a juntar cosas del piso, cosméticos y un tapado azul que sostuvo mientras Leonor metía en un bolso el delantal de camarera que no volvería a usar porque le pagó todos los martes como si trabajase, hasta el día anterior que también había sido martes y después de quemar las fotografías le pagó.

Con el bolso y el tapado azul irían caminando hasta la casa de la madre, que la besó como a una hija mientras él se encargaba de limpiar la habitación que le cedería sacando papeles y muebles al patio. El niño tendría varios meses cuando Iván, al ver los muebles, dijo acordarse del bar, el espejo, la risa, y dijo también que le gustaría volver a su habitación, no que se fueran.

A partir de esa tarde estuvo con ellos, sin dormir porque sufría de insomnio, recostado en un sofá desde donde podía ver y dibujar sin importarle que los modelos se movieran. Poco salía a la calle. Sólo la madre viajaba a otro país y volvía con el dinero del cobro de rentas. A veces volvía con alguien que habitaba en la casa por un tiempo más o menos corto. Al niño le atraía el movimiento de personas y a ellos también. Sus hábitos de camarera hacían todo

más simple. La madre no terminaba de entender por qué una mujer tan joven sentía atracción por esa vida. La madre le advirtió que su hijo se había vuelto loco de pronto, hacía tantos años que no lo recordaba de otra forma. Era inofensivo, dijeron los médicos, a pesar de verlo morder hasta hacer hilachas las cortinas. Inofensivo y ocurrente, capaz de imitar al mejor actor, animal o sonido. La madre decía y desdecía, como si hablar del tema fuera demasiado difícil y cualquier imprudencia pudiese empeorarlo. Nunca pudo recordar cuándo había sido y no tenía a quién preguntarle pero tampoco le importaba, porque con excepción de algunos detalles era igual a cualquiera.

De la madre él nunca habló, era como su insomnio, algo que estaba ahí y seguiría estando hiciera lo que hiciera. Los viajes no cambiaban nada. Leonor recuerda que algunas tardes cantándole al niño se quedaba dormido, y algunas tardes el niño cantaba y su canción lo adormecía. Era Wagner. Tan diversas reacciones tenía al despertar, que inquieta y luego por costumbre, al verlo dormir se iba de la casa. No porque pensara que su ausencia cambiaría algo sino para ver los hechos consumados como el día anterior con las fotografías, o para visitar a Isabel que trabajaba en un hotel de lujo y divertirse con algún cliente. Isabel era la tía del niño y su única amiga aunque no abundase en confidencias. A ella nunca le pareció un enfermo Iván: los locos no pagan, decía, y también decía que peor era su hermano creyendo ser el mejor músico de América. Pero Isabel decía estas cosas sin pensar y enseguida la convidaba con licor, de manera que al volver a la casa apenas recordaba su inquietud y era presa de una sensación ciega similar al entusiasmo de los hombres, y todo le parecía menor, remediable o asombroso, igual que al niño dando vueltas alrededor de Iván sin imitarlo, simplemente guiado por la sorpresa de no imaginar lo que seguía.

Leonor del niño sabe poco. Creció entre todos como si a todos les perteneciera. Isabel también lo criaba, tenía los mismos rasgos solían decir con la costumbre de encontrar el parecido. No lo mató por eso. Las fotografías rotas pertenecían al músico. Ellos habían decidido juntarlas en un caja de lata que primero estuvo llena de bombones. El espejo de la confitería donde la compraron era idéntico al que tiempo atrás Iván había partido con una botella. Frente al espejo hizo tantas pantomimas que la dueña terminó por echarlos y les quedó la duda de haber robado esa lata porque estaba desenvuelta. Fue mientras comían los bombones cuando decidieron juntar no sólo las fotografías sino papeles con anotaciones que uno y otro conservaba y sería mejor quemar, había dicho él apartando la carta de un amigo que puso arriba de una biblioteca para no olvidarse de ir a buscarlo a la estación. Ella al ver la carta se dio cuenta que la carta era vieja, algo intentó decir, pero él la miró con pena como si de repente se hubiera vuelto una extraña.

A la estación Leonor había ido varias veces pero después dejó de ir porque en el camino discutían. Era acusada de querer engañarlo con su amigo Guillermo y se defendía como si la acusación fuese verdadera, y en cierto sentido lo era pero al revés, ella no quería que Guillermo apareciese, pensaba que su llegada algo iba a cambiar. También Iván dejó de ir a la estación y no

salió nunca más a la calle, ni siquiera cuando nació el niño. Si no hubiera sido por el nacimiento Leonor habría creído que el amigo había dejado de importarle, pero mientras se preparaba para ir al hospital, supo que iría sola. Tengo que esperarlo aquí, dijo Iván nombrándolo, y por un instante ella imaginó robarle el nombre para el niño pero no lo hizo, temía caer en una trampa que para él fuese un milagro. Eligió un nombre corto, inglés, el nombre del médico que asistió el parto: Kevin.

Cuando volvió del hospital habían preparado una fiesta con regalos hermosos que Iván encargó a la madre y a los que la madre y los invitados sumaron otros. Durante el festejo el niño empezó a ser de todos y casi sin darse cuenta ella empezó a sentir que ese hombre la quería. Entonces olvidó la carta y el temor a que Guillermo llegara y el día que llegó fue tan distinto a lo imaginado que poco pudo entender, pero no hacen falta muchas palabras para expresar la confusión que alguien desconocido puede encender en otro, y tampoco hacen falta palabras para expresar la rapidez con la que esa tormenta puede disolverse.

Estaba en la cocina cuando llegó Guillermo. Sus hábitos de camarera seguían haciendo más simples las cosas. Debería dibujarme verrugas para disminuir atractivos, dijo al pasar cerca de Iván aumentando el volumen de la radio que no alcanzó a cubrir la risa. Sobre un vidrio empañado dibujó una cara a la que fueron agregando tantas verrugas que por el hueco se veían las plantas del patio. Sólo ellos reían, hasta el punto de no poder hablar sino mediante señas. Acaso la unión que mostraron al reír fue una de las causas que anuló la irritación y el desacuerdo por la espera del amigo.

Leonor sirve la comida, el vino y las frutas y mucho más tarde Iván le dirá que siempre iba al bar donde la conoció, no sólo para beber sino porque le gustaba observar cómo ella se movía entre las mesas y los hombres sin importarle nada, ajena a todo menos a unas naranjas que se empeñaba en apilar delante de las campanas con tortas y dulces. La había pintado, recordó gracias al dibujo sobre el vidrio, y podría volver a pintarla porque el recuerdo estaba intacto. Y dormirá con Leonor hasta la mañana siguiente, cuando retomando una vieja costumbre Guillermo silbe y no obtenga respuesta al silbido ni tampoco a los planes que iban juntos a hacer, como por ejemplo visitar a los gordos. Los gordos eran dos hermanos casi mellizos con quienes habían hecho una obra de teatro llamada *Fregon Time*. Nadie conocía el nombre de los gordos, contó Guillermo, porque también ellos se nombraban así, y en la obra mantenían el apodo con el añadido de un número para designar al más obeso. Durante el espectáculo los actores tomaron la decisión de teñirse el pelo color cano y a partir de entonces, muchos siguieron haciéndolo. A veces, en el camino a la estación o mientras esperaban a Guillermo, Iván le decía a Leonor que por el pelo podría reconocerlo, pero cuando lo vio, a las verrugas del dibujo sobre el vidrio empañado le agregaron una peluca que no pudo ser rojiza pero lo era, a través de la cual podía verse además de las plantas el alero y debajo del alero un mueble de metal del padre, mojado por la lluvia y por la nieve, lleno de mapas sobre la propiedad o dominio de un archipiélago. Leonor nunca vio los

mapas, y como la madre tenía hacia el marino un aprecio distante y elusivo, nunca supo si la existencia de esos papeles era virtual. No así la obra de teatro. Invitar a comer a los gordos fue un antojo de Leonor y el primer paso. El parecido entre ellos era mayor cuando hablaban: tenían el mismo timbre de voz y una cantidad de expresiones y mohines hacía imprescindible mirar la boca para saber de donde salían las frases, ya que no siempre estaban de acuerdo y eran tan inquietos que tampoco la ubicación constituía un beneficio. Sólo mientras coman, pensó Leonor, será posible diferenciarlos, recordando que Guillermo había dicho que el más obeso tenía predilección por las comidas que no requieran ser masticadas. Pero las cosas habían cambiado porque ninguno era el más obeso y los dos se inclinaban a beber y masticar con mesura. El problema consistía en convencer a uno de ellos, que por momentos se negaba de manera rotunda a participar en la obra, porque la condición del otro era montar la obra sin introducir alteraciones. Una vez por semana se reunían y después de comer empezaba la discusión, hasta que una noche Iván le dijo a Leonor en el oído que **Quarrel Time** era superior a **Tiempo de Fregar**, y ella sin poder guardar el secreto repitió lo que había oído obteniendo la aprobación de Guillermo y de uno de los gordos, pero el otro empezó a golpear la mesa y su hermano a decirle que era igual a la madre, entonces el gordo parecido a su madre lentamente levantó la voz. Era muy fácil diferenciarlos ahora. A gritos acusaba a todos de haber suspendido la obra mientras persistía en golpear la mesa ya no con el puño sino con una jarra de metal que iba salpicando de vino a su hermano y a él mismo. Como no se callaba, nadie podía preguntarle si la queja se refería al pasado o al juicio sobre la superioridad de **Quarrel Time**. Que sin duda es mejor, gritó muy fuerte Iván arrancándole la jarra de la mano y rompiendo copas y platos. Después de un silencio, Leonor aplaudió y los demás también pero nunca volvieron a reunirse. Cada vez que Guillermo insistía en buscar a los gordos, él no se negaba directamente, ni siquiera cambiando de tema, parecía convencido de ir pero al rato su entusiasmo estaba diluido.

Durante los días que siguieron a la disputa, según el recuerdo de Leonor, Kevin aprendió a caminar con una rapidez asombrosa ayudado por sogas cubiertas de pasamanos que cruzaban la casa en todas las direcciones. La idea había sido de Iván acordándose de una caída que le quitó definitivamente la confianza en sus piernas. La presencia de sogas distorsionaba cualquier posibilidad de circulación. El único favorecido era Kevin quien caminaba entre ellas sin sostenerse, respetando el circuito o burlándolo con diversos métodos. Nadie supo convencer a Iván de la inutilidad de las sogas, tampoco se atrevieron a sacarlas. La madre había optado por no contradecir a su hijo, y como la casa tenía otros pisos, propuso otra distribución de los muebles o una mudanza que no se llevaría a cabo por razones prácticas y sentimentales. Sólo se trasladó Guillermo a una de las habitaciones de la madre acompañándola en los sucesivos viajes como secretario. Parece una costumbre de la familia dar becas, sueldos o regalías. Una costumbre que no condice con ciertos desórdenes o acaso una familia cuya costumbre fundamental es cambiar de ritmo.

Iván, hasta entonces pleno de certezas, comenzó a dudar a propósito de la mudanza, no porque quisiera trasladarse a otro piso, sino ante la alternativa de romper el techo, colocar una escalera y disponer de más espacio. Siempre había soñado, dijo, con lugares que crecían y no haberlo pensado antes lo llevaba a dudar de él mismo. Entonces le contó a Leonor uno de los sueños que él llamaba recurrentes y de pronto fue como si la duda se hubiera atemperado. En seguida puso la obra en marcha con ayuda de armadores habituados a responder bajo el mando de un conocido almirante. La obra llegó a su fin pocos meses después, sin las interrupciones típicas, con los inconvenientes disminuidos por el júbilo.

En esa época Leonor pasea por las tiendas con la madre. Les divierte probarse ropa y desfilarse una delante de la otra con zapatos de tacones altos. Pasean por las tiendas y por la ciudad como si fueran turistas, usan sombreros y en medio de la tarde eligen un bar. Su turno para elegirlo, porque mientras la madre se inclina por los clásicos, Leonor prefiere ser atendida en la barra de bares semejantes a aquellos donde trabajaba, y cuando la sorprende la noche, en lugar de volver a la casa cubre a Isabel para que sume horas de vuelo. Un cliente le ha prometido ingresar a una compañía de aviones. Es posible que el entrenamiento nocturno tenga otras características pero cada vez que Isabel regresa, le muestra el carnet del tamaño de un pasaporte con nuevas anotaciones.

En la memoria de Leonor, Kevin no aparece, aunque conserve de esa época una fotografía y mientras hable dé vueltas el portarretratos donde se lo ve con Iván. El sudor corre por la cara de Iván y la camisa de un rojo oscuro está cubierta de sudor. En una mano tiene un balde y en el otro brazo al niño. Ambos están sucios y su aspecto es amenazante. De esta época recuerda los ruidos de la demolición, la música de Wagner, algunos secretos puberales, el sabor de su lengua alicorada y la afición de un hombre a morderle los dedos. También recuerda su curiosidad al enterarse que Guillermo había estado en prisión un año, el año que demorara en ir a visitarlos después de anunciar por carta que lo haría. La madre contaba que había caído tras los efectos de una broma de consecuencias imprevisibles, contaba intercalando datos sobre Guillermo junto a otros de un novio anterior al padre de Iván. Siendo pequeño Iván, su padre y el novio anterior a su padre se encontraron y el rival profetizó: Nunca podrás saber quien es tu padre ni quien es el padre de tu hijo. La estocada produjo reacciones tan contradictorias que el marino oscilaba entre amenazar a la madre con llevarse al niño y rogarle que jamás le dijera la verdad.

Iván conoce la historia del rival porque su padre en medio de una borrachera lo ató diciéndole que no lo soltaría hasta descubrir si era o no su hijo, pero ignora los matices de la broma como también Leonor, y la madre cree abusivo interrogar a Guillermo para satisfacer una simple curiosidad. Nada es simple insinuó Leonor y las mujeres por primera vez se sostuvieron la mirada. Ninguna pretendía entender a la otra pero sí impedir desacuerdos que llevaran a enumerar debilidades, dijeron volviéndose a mirar como si recién hubieran sido presentadas. Leonor insistió en satisfacer su curiosidad, y la madre necesitó repetir que era abusivo interrogarlo, pero fuera de la interrogación, no tendría dificultades en contarle los detalles sobre la broma, y casi sin notarlo,

al despedirse la besó en la boca.

Días después Leonor recibió de la madre una carta breve, sin encabezamiento ni fin, en cuya lectura se dio cuenta de que el interés por Guillermo se había atemperado como el temor antes de la llegada, y que era jefe de enfermería cuando resolvió ser víctima o héroe pero no soplón. Iván sabía que los temas del cuerpo despertaban en su amigo especial atractivo. Desde la llegada varias veces le había dado remedios para el insomnio y otros desajustes. Los remedios eran efectivos pero en dosis tan bajas que le robó la caja completa. Por eso se mudó, dijo Iván y esa noche, como quien extiende un diploma le devolvió la caja de remedios. Comfan. La caja entre las fuentes. Kevin la quiere. Hay invitados. Sólo Leonor conoce el origen. Los hombres deciden darle la caja a Kevin. Parece vacía pero el niño saca del fondo una ampolla. Los invitados sacan de los bolsillos pequeños objetos que el niño no mete en la caja, ni siquiera agarra. Se inclina hacia adelante y cierra los ojos para no ver nada. Tuvo que escuchar: Niños como Kevin, como si él ya no contara, dice Leonor haciendo girar la fotografa del sudor y la camisa roja. Esa noche entre los invitados estaba el padre del niño, no como padre sino como el mejor músico de América, aunque los remedios, la caja y la ampolla hicieran fracasar su vanagloria.

Leonor da vueltas el portarretratos y se incorpora. Esa noche no fue la primera entrada del músico. Apareció por primera vez antes del nacimiento de Kevin. Volvían de la estación de trenes, después de haber peleado, cuando la camarera levantó los brazos como si hubiera recibido una orden de detención o quisiera expresar el triunfo de alguien que participa sin convencimiento en una olimpiada y en el medio de la carrera se da cuenta que lo único que puede hacer para salir de esa situación es correr más rápido. Iván cree que la escena le pertenece. Algo muy tierno le inspira esa mujer con los brazos en alto, después dirá. Entonces, como si él mismo fuera una muñeca china con los pies atados, se acerca lento para abrazarla pero alguien más está ahí junto al cuerpo de Leonor que ha bajado los brazos y sonrío. La turbación inicial desaparece cuando entran a la casa. El músico cuenta que está de gira y sólo podrá quedarse unas horas porque sin él nada prospera y si bien no es el director es el alma del conjunto y tiene varios contratos aunque haya rechazado alguno debido a que las condiciones no contemplan el espacio, la acústica o aquello que necesita exigir porque sabe que pocos músicos tienen un destino más pleno. Leonor al escuchar esa frase empezó a bostezar, tenía sueño como siempre que el músico hablaba y no hizo ningún esfuerzo por permanecer despierta como tampoco jamás lo había hecho. Dormía, pero un ruido proveniente del patio la despertó. Las luces estaban apagadas de manera que a tientas se levantó con el rumor del sueño, olvidada de la visita. Los hombres buscaban en un mueble de metal carpetas con partituras de la época en que Iván componía óperas y en las cuales había temas, dijeron, que el músico iba a ejecutar en su próxima gira. Habían bebido, se notaba en el obcecamiento ante los papeles y en la forma de recibirla, como si hubiesen olvidado donde se encontraban.

Algo pasó esa noche, algo de la índole de un desacuerdo debió ocurrir

mientras Leonor dormía o ante el sueño de ella porque Iván después que el músico se fue empezó a hacerle preguntas sin esperar contestación. Era como si él quisiera responder por ella, responder y preguntar o repetir el mismo efecto de inquietud y sopor que unas horas antes había presenciado. Un sueño inexplicable, decía expresando su enojo ante una reacción imprevista, no para el músico a quien había sido destinada sino para él. Porque ella conocía el valor del sueño o su ausencia, la acusó, y no tenía pruebas de nada porque ahora estaba despierta. Iván hablaba caminando. Hacía un recorrido fijo, desde la cocina hasta el sofá y desde allí hasta el medio del patio para volver a la cocina donde estaba Leonor. Caminaba sin levantar la voz, de modo que ella podía oír solamente una parte. En un momento tuvo la ilusión de que él se repetía, en otro momento pensó en seguirlo y se lo dijo, pero él no pareció escucharla. El tiempo pasaba y el tono de Iván era idéntico a cuando había comenzado haciéndole preguntas que Leonor respondió cada vez con mayor brevedad. Seguía caminando hasta los mismo puntos cuando ella se trasladó al sofá y luego a su habitación. En seguida Iván entró y es posible que hubiera continuado murmurando de no haberla visto con los brazos en alto como al volver de la estación. No hubo complicidad en la postura, simplemente Leonor se desvestía. Usaba una camisa de él para dormir, una camisa larga, clara y sin botones. Los dos querían hablar pero callaron. Luego ella le pidió que no se fuera y él la abrazó como no había podido hacerlo durante la tarde, moviendo apenas las manos para acariciarla. Sin moverse cuando la hubo penetrado. Así lo hacía, dijo Leonor. Sólo su sexo vivo, y aunque otros hombres la hubieran amado cayeron en el olvido. Cuando era jovencita, su idea del sexo se nutría de lo inmóvil. Cómo contemplar su ardor sin atenuarlo. Eso hacía Iván, tenía el tiempo de su lado hiciera lo que hiciese, concluyó para seguir hablando del niño pero no pudo. Sólo dijo que a Kevin, como a ella, no le gustaba llorar y habló del contraste, la atracción de Iván hacia el ruido y los gritos. El buscaba momentos de acción y en medio de la acción apareció la tijera de podar.